1940

EL TEATRO

Y LA

ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA,

EL CASTILLO

DE

SIMANCAS,

DRAMA HERÓICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON MÁRCOS ZAPATA.

MADRID.

OFICINAS.—PEZ, 40 y SEVILLA, 14.

1873.

21

EL CASTILLO DE SIMANCAS.

EL CASTILLO DE SIMANCAS,

DRAMA HERÓICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON MÁRCOS ZAPATA.

Representado por primera vez con extraordinario éxito, en el Teatro Español el dia 22 de Marzo de 1873.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA MARÍA DE MENDOZA.....	D.ª TEODORA LAMADRID.
ISABEL, hija del conde de Benavente.	D.ª ELISA BOLDUN.
FULGENCIA, sirvienta del conde....	D.ª N. DOMINGUEZ.
DON PEDRO MALDONADO PIMENTEL.....	D. ANTONIO VICO.
EL CONDE DE BENAVENTE.....	D. JULIO PARREÑO.
FRAY MANUEL MALDONADO PIMENTEL.....	D. LEOPOLDO BURON.
TELLEZ, capitan de armas.....	D. JOSÉ ALISEDO.
MONTALBAN, licenciado.....	D. ALFREDO MAZA.
FERNAN-GOMEZ DE HERRERA, comisionado de Cárlos V.....	E. N. LOPEZ.
UN PAJE.....	SR. MARTINEZ.

Soldados, comuneros, pajes, guardias, gente del pueblo.

La accion en el castillo de Simancas.—Época de Cárlos V.

Esta obra es propiedad del autor y de D. Guillermo Cereceda, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de D. ALONSO GULLON y de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion, por mitad para cada Galería, y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A MI QUERIDO AMIGO

NICOLÁS ESTÉVANEZ

En testimonio de particular consideracion y aprecio

El autor.

678221

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elcastillodesima00zapa_0

ACTO PRIMERO.

Salon gótico á todo foro. Balcon á la derecha, en segundo término. Puertas á la izquierda en primero y segundo término. Mesa con tapete y sillon.

ESCENA PRIMERA.

TELLEZ y MONTALBAN.

MONT. No es posible, amigo Tellez,
no es posible, no hay remedio;
la independencia española,
la integridad de este reino,
hasta el aire, ¡voto á cribas!
todo se vuelve flamenco.
TELLEZ. Buena la hicimos!
MONT. Qué diantre!
Nuestra es la culpa, y bien hecho.
Neron incendiando á Roma
fuera no más un remedo
de crueldad y barbarie.
Á ser yo Cárlos primero...
TELLEZ. Montalban, Dios nos asista.
MONT. Dios no asiste á los perversos;
donde se engendra un tirano
no puede haber nada bueno.
La traicion, la cobardía,

la doblez, el fraude, el miedo:
vicios y crímenes sólo
se ven hoy en torno nuestro;
que así como se desploma
el árbol más gigantesco
cuando deja de afluir
la savia á su tronco seco,
así tambien las naciones
se desploman con estruendo
cuando falta el patriotismo,
que es la savia de los pueblos.

TELLEZ. Tienes razon.

MONT. Oh vergüenza!
¿Y es este el clásico suelo
del gran Gonzalo de Córdoba
y la patria de Cisneros?

TELLEZ. Cisneros! patriarca ilustre,
sombra de mejores tiempos!
si él viviese todavía...

MONT. Vivir, y vivir en medio
de un volcan sin abrasarse?
Hundirse en el ancho seno
de las espumosas aguas
del cántabro turbulento
sin perecer? Imposible!
Sobran en Flandes venenos,
sobran Jevres en Castilla,
sobran traidores...

TELLEZ. Lo creo.

MONT. Y si cien veces naciera
cien veces la hubiesen muerto.

TELLEZ. Qué ingratitud!

MONT. Qué perfidia!

TELLEZ. Qué baldon!

MONT. Qué sacrilegio!

TELLEZ. Qué sacan los grandes hombres
del mundo?

MONT. Cuando son buenos
nada, ni un trozo de mármol,
el olvido más completo. (Transicion.)
Entra en la villa de Roa,
acércate al monasterio,

busca despues en su iglesia
el sepulcro de Cisneros,
y allá en el fondo de un claustro
de agrietado pavimento,
verás al pie de un altar
unos pobres azulejos;
no preguntes, allí yace,
allí descansan sus restos.

TELLEZ. El conquistador de Orán.

MONT. La honra de España!

TELLEZ. Qué premio!

MONT. El premio que alcanzan siempre
ciencia, virtud y talento,
desde Séneca y Platon
al cardenal de Toledo.
En cambio al divino Jevres,
ese ministro flamenco,
azote de nuestro Erario
y escándalo del gobierno,
que cayó sobre Castilla
como un tigre carnicero,
de mármol, pórfido y bronce
se le erige un monumento
á costa de tu soldada
y á expensas de mi dinero.
Qué tal?

TELLEZ. Parece mentira!

MONT. Pues es verdad, y bien hecho:
y caiga sobre nosotros
tanta infamia y vilipendio.
¿Qué no merece un esclavo
que hace ostentacion de serlo,
y en vez de azotar la frente
del déspota con el hierro
que lo flagela y lo encorba
y lo arrastra por el cieno,
dócil se inclina á sus plantas,
se deja hollar...

TELLEZ. No hables recio.

MONT. Y festeja y victorea,
retorciéndose en el suelo,
á ese orgulloso aleman

llamado Cárlos primero?
Qué es la España de ambos mundos?
Qué es la nacion de otros tiempos?
Hoy provincia tributaria,
sólo un cadáver.

TELLEZ. Es cierto.

MONT. Uncida al carro imperial
la que volcó cien imperios!

TELLEZ. La favorita de Marte
sierva de un aventurero!

MONT. La matrona de Numancia!

TELLEZ. La reina de un mundo nuevo!

MONT. Me place que así responda (Rápido.)
tu corazon comunero;
no refrenes sus latidos,
deja que estalle en el pecho
y que se rompa y reviente,
ántes que callar de miedo.

TELLEZ. Miedo? Jamás lo he tenido.

MONT. Ya lo sé.

TELLEZ. Pues no lo entiendo.

MONT. Te ví en Medina del Campo
dar cuchilladas.

TELLEZ. (Mirando receloso.) Silencio.

MONT. Despues en Valladolid
y más tarde en Rioseco.

TELLEZ. Montalban!...

MONT. Qué, te arrepientes
de haber sido de los nuestros?

TELLEZ. Arrepentir? mal me juzgas!
mira y dí si me arrepiento.
(Enseñando una cruz roja que lleva en el pecho sobre el coleto.)

MONT. La cruz roja!

TELLEZ. La cruz roja.

MONT. Pues entónces...

TELLEZ. Y qué esfuerzo,
qué poder hay en la tierra
cuando se abandona un pueblo!
La rota de Villalar,
la rendicion de Toledo,
el desmayo de la Junta

y el general desaliento,
son un vivo testimonio
de lo poco que valemos.

MONT. Es verdad.

TELLEZ. Todo imposible.

MONT. No hay remedio.

TELLEZ. No hay remedio.
Provocar nuevos disturbios,
lanzarse al campo de nuevo
para venir otra vez
á morder el polvo.

MONT. Cierto!
una imprudencia sin fruto,
una locura.

TELLEZ. Tal creo.
Entónces qué es lo que intentas?
Qué quieres hacer?

MONT. Qué quiero?
Ejecutar en Simancas
un espantoso escarmiento.
Ya que el oro y la traicion
más que las armas vencieron,
ya que las comunidades
engendraron en su seno
muchos seres corrompidos,
apóstatas encubiertos
que hoy hacen alarde público
de su infamia y su comercio;
ya que no puede la sangre
derramada por el hierro
volver á inflamar las venas
del caudillo de Toledo;
ya que es don Cárlos de Gante
señor y absoluto dueño
de la herencia de Pelayo,
y gime y se arrastra el pueblo,
y zumba sobre nosotros
un enjambre de extranjeros,
sólo un recurso nos queda
para vengar tanto duelo,
una obligacion sagrada,
un alto deber.

TELLEZ. No acierto...
MONT. Perseguir á los traidores!
esterminarlos!
TELLEZ. Convengo;
dices bien. En tal empresa
te juro ser el primero.
Mas habla, explícate claro,
conoces alguno de ellos?
MONT. Como tú.
TELLEZ. Que yo conozco?
MONT. Sí, por Dios, y no está lejos.
TELLEZ. Oh! qué sospecha!
MONT. Bien vas.
TELLEZ. Maldonado!
MONT. El mismo.
TELLEZ. Cielos!
no es posible.—Maldonado
Pimentel, traidor?
MONT. Lo pruebo.
TELLEZ. Calumnias del vulgo.
MONT. Tellez!
TELLEZ. ¿Quién osa contra don Pedro
lanzar tan cobarde injuria?
Traidor!
MONT. Traidor; á no serlo
el hacha de Villalar
le hubiera segado el cuello.
TELLEZ. Ignoras que Benavente
le salvó?
MONT. Vano pretexto.
TELLEZ. No lo dudes, Montalban.
MONT. Qué es dudar, cuando sostengo
que gracias á su traicion
pudo librar del Consejo
esa vida miserable,
y algo más que no sabemos.
TELLEZ. Mal juzgas á Pimentel.
MONT. Mejor que tú.
TELLEZ. No está preso?
No tiene desde la rota
un castillo por encierro?
MONT. Traza urdida de antemano

para disfrazar los hechos.

TELLEZ. Traza... y perdió su fortuna?
Acaso se le ha devuelto
ni hacienda, ni mayorazgo,
y va yá para año y medio
que el fisco le despojó
sin ambajes ni rodeos?

MONT. Entónces, cómo se explica
su salvacion?

TELLEZ. Eres terco;
por una causa sublime,
por un dulce sentimiento
que hace en el mundo milagros;
por el amor.

MONT. No lo entiendo.

TELLEZ. Yo sé de la hija del Conde
que le profesa á don Pedro
un entrañable cariño;
aquí tienes el secreto.

MONT. Aunque así sea, ¿presumes
que se disculpan con eso,
ni la lealtad del héroe
ni la honra del caballero?
Por encima del amor
está la patria! ¿Qué ejemplo
de su cívica virtud,
de su generoso aliento
legar podrá á Salamanca
su capitan predilecto!
Ántes que aceptar bajezas,
ántes que ceder al ruego
del amor, ántes que todo,
debió morir; que no es bueno,
ni es leal, ni honra merece,
ni pudo ser comunero,
quién se mostró tan cobarde,
quién no reclamó su puesto
en el glorioso martirio
de sus nobles compañeros.

TELLEZ. No te esfuerces, Montalban,
es inútil.

MONT. Pues te advierto

que hoy amotino á Simancas,
y... ya sabes el objeto.

TELLEZ. Harás mal.

MONT. En suma, Tellez,
¿cuento contigo, ó no cuento?

TELLEZ. De ningun modo.

MONT. Recuerda
tus palabras.

TELLEZ. Las recuerdo.

MONT. Para esterminar traidores...

TELLEZ. Te juro ser el primero.

MONT. Entónces rinde el castillo
y cumple tus juramentos.

TELLEZ. Los cumpliré, cuando tenga
de la traicion de don Pedro
las pruebas que necesito.
Ántes, jamás!

MONT. Te prometo
que han de ser tantas y tales
que te dejen satisfecho.

TELLEZ. Una sola, y me decido.

MONT. Dí, ¿te basta un documento
escrito sobre el cadalso
de Villalar?

TELLEZ. No lo creo.

MONT. Por mi salvacion te juro
que es verdad y que no miento.

TELLEZ. ¿Y tú lo has visto?

MONT. Lo he visto.

TELLEZ. Dónde?

MONT. Sin salir del pueblo.

TELLEZ. Y cómo?

MONT. Por una dama
que conoce mucho al preso,
y que ofrece generosa
sus joyas y su dinero,
para arrasar el castillo
y esterminar á don Pedro.

TELLEZ. La prueba... la prueba!

MONT. El Conde! (Señalando á la izquierda.)
ya lo verás; hasta luégo. (Váse por el fondo.)

ESCENA II.

TELLEZ, el CONDE.

El Conde Benavente leyendo un pliego, silencioso y abstraido hasta llegar á la mitad del proscenio.—Tellez junto al foro.

BENAV. (Dos tiros de falconete
del castillo de San Telmo...)
TELLEZ. Señor...
BENAV. Qué ocurre? qué pasa?
TELLEZ. (Fuera un crímen mi silencio.)
Sabed, señor, que en la villa,
se prepara un alzamiento
contra nosotros.
BENAV. Qué más?
TELLEZ. Que sin pérdida de tiempo
hay que tomar precauciones
porque vá á estallar...
BENAV. No temo;
alguna turba?
TELLEZ. Pudieran
ser más graves los sucesos.
Se dice, públicamente,
sin rebozo y sin misterio,
que se ha fraguado el motin
para arrancarnos el preso.
BENAV. Imbéciles!
TELLEZ. Y se anuncia
que esta tarde...
BENAV. Sí? me alegro.
Ántes que cierre la noche
quedará el motin deshecho
sin disparar ni una bala.
TELLEZ. Cómo, señor!
BENAV. Por un medio
infalible. ¿Qué se intenta?
libertar al prisionero?
Quién más que yo lo ambiciona?
Quién tiene mejor deseo?
Deja que truene Simancas,

que estalle furioso el pueblo.
Cuanto más hierva en sus iras
mayor será su contento.
Hoy firma el emperador
la libertad de don Pedro.

TELLEZ. Su libertad?—Señor Conde,
lleva el motin otro objeto.

BENAV. Qué dices?

TELLEZ. Que en esas turbas
arde quizás el infierno.

BENAV. Pues qué buscan? qué deseàn?

TELLEZ. Su muerte.

BENAV. Su muerte? (Cielos!)
Es increible.

TELLEZ. (Veamos.) (Con intencion.)
Se amparan en el pretexto
de que les fué en Villalar
traidor á los comuneros.

BENAV. Traidor él? Y aún me figuro,
¡vive Dios! que lo estoy viendo
herido y ensangrentado
entre aquel monton de muertos.
Traidor él? y parecia...
otro Cid en campo abierto.
Ser el último en rendirse,
ser en la lucha el primero
y acusarle de traicion?
que no lo sepa don Pedro,
Tellez, y si acaso notas
el asomo más pequeño
de gentes amotinadas,
no desperdicies el hierro;
para curar ciertos males
no hay como sangrar á tiempo.

TELLEZ. Descuidad, que así lo haré.

BENAV. Dobla la guardia.

TELLEZ. Al momento.
(Si vuelve aquí Montalban,
por mi ánima que le cuelgo.) (Váse fondo.)

ESCENA III

EL CONDE.

Pero, señor, ¿es posible
tanta injusticia? qué es esto?
traidor! traidor Pimentel
porque el espantoso acero
no ejecutó en su cabeza
la sentencia del Consejo!...
Así se juzga en el mundo!
así discurren los pueblos!
(Junto al balcon y apostrofando á Simancas.)
Simancas, acaso puede
tu espíritu turbulento,
penetrar en la conciencia
de aquel, que obligó al gobierno
á otorgarle en Villalar
el perdon de un comunero.
Oh! si tú cual yo sintieras,
padre y juez, en tu tormento,
tirar de tu corazon
una cadena de hierro...
á un extremo la justicia,
el amor al otro extremo...
y convulsa y jadeante,
presa el alma en nudo estrecho,
resbalar en tu conciencia
como una arista de fuego,
exclamando: padre! padre!
ese cuchillo sangriento
que amenaza derribar
la cabeza de don Pedro,
en las entrañas de tu hija
se va á hundir al mismo tiempo!
Simancas! qué hicieras tú?
y qué hiciera el mundo entero!

PAJE. (Saliendo.) Señor.

BENAV. Quién va?

PAJE. Con urgencia...
y á solas, suplica veros

un fraile de San Francisco.

BENAV. Dile que pase al momento.
(Váse el Paje.)

ESCENA IV.

CONDE, FRAY MANUEL MALDONADO.

Este queda en el foro, cubierta la cabeza con la capucha del hábito, mirando fijamente al Conde, quien dá señales de curiosidad y confusion. Al descubrirse, el Conde retrocede ásombrado.

BENAV. Fray Manuel!
FRAY. Fray Manuel.
BENAV. ¡Oh, Vírgen santa!
FRAY. Tal sorpresa mostrais?
BENAV. Y á quién no espanta
vuestro imprudente arrojo?
FRAY. Dios me escuda..
BENAV. Vuestra insensata aparicion...
FRAY. Sin duda
porque tengo el cuchillo á la garganta.
BENAV. Olvidais el Consejo....
FRAY. Frente á frente
para aplacar su cólera terrible,
un brazo se alzará; brazo potente
que en Villalar triunfó; (Con ironía.) ¿cómo es posible
que acudiendo al favor de un Benavente
tema nadie volver de tierra extraña,
cuando puede mofarse del gobierno
y áun de la misma majestad de España?
BENAV. Siempre duro y mordaz!
FRAY. Y siempre osado
para llamar sin miedo y rostro á rostro
las cosas por su nombre.
BENAV. Maldonado!
FRAY. Á la virtud, virtud, al crímen, crímen,
y al traidor como vos...
BENAV. Por Cristo vivo!...
FRAY. Traidor á boca llena,

aunque despues me arrojen de una almena.

BENAV. No es posible, señor, tanta osadía
ni en sano juicio, ni en razon serena.
Qué es esto? ¡vive Dios! la cortesía
prescribe tan soez comportamiento?

FRAY. Ceremonioso andaís, por vida mia.

BENAV. Y vos desmesurado.

FRAY. Lo siento;
así he de hablar, sin arte y sin mesura:
con noble estilo y con palábra dura,
como habla la honradez escarnecida,
como hablan la razon y la bravura
en presencia de un alma corrompida.

BENAV. Los insultos de un loco
no inspiran más que lástima.

FRAY. Despacio;
yo pruebo cuanto digo,
y aquel que prueba la verdad patente,
ni insulta, ni está loco, Benavente.
¿Sabeis quién es el loco y quién insulta
cobarde y criminal, al mundo entero?
Quien como vos, en su maldad oculta,
osa vender su patria al extranjero
y en su propia deshonra la sepulta.

BENAV. El bando comunero
es la patria quizás?

FRAY. Tanta osadía
sólo cabe en un pecho envilecido.
¿Por qué si vuestra infame apostasía
tan pronto dió al olvido
los sangrientos motines de Mayorga,
todo por vos dispuesto y dirigido
en contra del monarca, no enrojece
de vergüenza y horror vuestro semblante,
al ver la España de hoy, que más parece
colonia conquistada
que nacion en dos mundos asentada?

BENAV. Fray Manuel!

FRAY. Qué ignominia!
qué baldon para el pueblo castellano!
Su gobierno, su córte, su nobleza,
hasta su mismo idioma,

todo, pierde su lustre y su grandeza,
pues semejante á Roma
al humillar España su cabeza,
sepulta en el abismo
su pueblo y su corona á un tiempo mismo.
Que el bando comunero no es la patria!
No es la patria! Y vosotros los magnates,
los altos dignatarios, los que siempre
tuvisteis del gobierno el monopolio,
vinculadas las rentas del Erario,
y hasta en perpétua servidumbre el sólio...
¿Por qué cuando ese príncipe altanero
partió para Arquisgran, en su defensa
no desnudasteis el mortal acero
ahogando en las entrañas de Castilla
el naciente partido comunero?

BENAY. Oprobio y maldicion!

FRAY. Cuándo del mundo
se verá desterrado el egoismo!
Esa turba alemana
que os arrancó, para baldon eterno,
con la augusta tutela soberana
las altas dignidades del gobierno;
á ese monarca altivo y desdeñoso
que os trató sin respeto ni clemencia,
poniendo vuestros timbres y blasones
bajo el peso brutal de sus legiones
ó á los piés de su estúpida regencia,
no podíais sufrir sin menoscabo
de vuestra propia suerte;
si en España surgia otra nobleza,
derechos caminabais á la muerte.
Tal pensásteis, y en rápido coraje
y en fiera enemistad trocando luégo
vuestro apoyo servil, con odio ciego
jurásteis quebrantar el vasallaje
y pedir en los campos de batalla
satisfaccion cumplida á tanto ultraje.
Y astutos y medrosos
en torres y castillos sepultados,
sólo esperábais la ocasion propicia
para lanzar los pueblos enconados

thirsty for

y las masas sedientas de justicia,
en contra del monarca y sus privados
y en pró de vuestra sórdida avaricia; sordid
la espléndida corona de Alemania,
con su brillo y su pompa deslumbrante
vino á caer para desgracia nuestra
en las manos del príncipe de Gante.
Orgulloso don Cárlos
apareja su séquito brillante. following
¿Quién se le opone á su ambicion suprema?
Sin escuchar los ruegos de Castilla
corre á ceñirse la imperial diadema.
Entónces, reventando crushing
la cólera rugiente y espantosa
que hervia en vuestros pechos esperando.
llégala la ocasion, lanzó furiosa
todo el volcan de su terrible saña rage
sobre ese pueblo, y al tronar en ira
hizo temblar los ámbitos de España: limits
y villas y ciudades,
y montes y llanuras, repitiendo
el ronco grito de espantosa guerra,
al militar estruendo
responde el campesino en la alta sierra:
responde en su taller el artesano,
y hasta el templo de Dios, que el paso cierra
á la torpe ruindad del mundo vano,
blood su púrpura le arroja al comunero
para cegar los ojos del tirano,
y arrollarle la planta al extranjero. (Pausa.)
Tan fiera sacudida. resolute
tan ruda convulsion, rompió en pedazos
esa masa de gente aborrecida,
esa turba que huyó despavorida
al verse fuera de los régios brazos. royal
Quién contrastaba el férvido torrente
que iba anegando el castellano suelo?
¿quién defendia á su monarca ausente?
Dónde estábais vosotros?

BENAV. (Justo cielo!)
FRAY. Dónde estaban los nobles, Benavente?
BENAV. Y qué os importa á vos ni á España entera?

FRAY. El popular encono
domára la cerviz á Cárlos quinto,
ó lo hubiese volcado con su trono,
si la traicion cobarde,
que para oprobio y eternal afrenta
siempre escondida en vuestras almas arde,
en vil mercado y miserable venta,
á quien tanto nos odia y nos humilla,
no entregara la suerte de Castilla.
El rey, que os aborrece
como el tigre á las hienas cuando buscan
los palpitantes restos de su presa,
pues reyes y señores,
tigres y hienas sois del pobre pueblo,
de ese pueblo, que os presta sus fulgores,
su brillo, su existencia, su fortuna,
como á la opaca luna
el claro sol, sus limpios resplandores.
Aquel monarca, desdeñoso y frio
que os cerró con las puertas de su alcázar
su favor, su amistad, su poderío;
aquél que os obligó por su injusticia
á romper con la espada el vasallaje,
á lanzar á los campos la milicia,
á encender en las turbas el coraje,
á espigar de soldados las almenas
y á quebrantar del pueblo las cadenas,
al ver que vacilaba su corona
delante del partido comunero,
y que era la nobleza castellana
su adversario más fiero,
y el principal motor de la discordia
con aparente muestra de sincero,
transige con vosotros,
os llama á la regencia,
os ofrece las llaves del erario,
os brinda su gobierno y su privanza...
y entónces ¡fementidos!
doblando el cuello y la rebelde lanza,
sin honra y sin pudor, como bandidos,
arrojásteis la máscara insolente
de vuestra infamia vil, y revolviendo

el torpe brazo y las traidoras armas
que amenazaron, con feroz encono,
arrebatar su cetro á Cárlos quinto
y hacer astillas su maldito trono,
sobre la madre patria
caisteis despiadados,
abriendo en sus entrañas ancha herida
y arrollando á ese pueblo moribundo,
á ese pueblo infeliz que no comprende
que despues de sangrado, se le vende
por todos los poderes de este mundo.

BENAV. No prosigais... ó juro por Dios santo!...

FRAY. Y pues fuisteis traidores
lo mismo al rey que al pueblo,
lo mismo en Villalar contra Padilla,
cambiando la cruz roja por la blanca...
que en contra del monarca de Castilla,
agitando el motin de Salamanca;
y pues fuistes perjuros
al romper con la espada el vasallaje...
y alevosos y pérfidos y viles
acuchillando ciegos de coraje,
á esas pobres ciudades sublevadas
y á vuestras mismas huestes engañadas...
qué sois? de qué servís?... quién no aborrece
al tigre que de sangre se alimenta?
Desleales al rey que os ennoblece,
traidores con el pueblo que os sustenta,
cáncer que pudre, mancha que envilece,
baldon de España y de Castilla afrenta...
Tal sois, tal os mostrais; mas todo acaba,
todo fina y concluye:
el humano poder qué significa?
sombra es no más, que ante los siglos huye
ó fantasma que en humo se convierte
al resbalar en brazos de la muerte.
Sí, sí, tambien vosotros
pasareis como la hoja que arrebata
furioso el huracan, y entónces fiero
atronará vuestro sepulcro helado
la maldicion del mundo y de la historia,
supremo tribunal de lo pasado

que reparte las palmas de la gloria
y avienta las cenizas del malvado.

BENAV. ¿Echasteis fuera yá todo el enojo?
¿de ese fiero carácter irascible
más propio del infierno que del claustro?
¿Vos ministro de Dios? es imposible,
¡la amenaza, el insulto, la violencia!
Proseguid, Fray Manuel!

FRAY. Cuánto cinismo!

BENAV. No temais que se agote mi paciencia.

FRAY. Se agote ó no se agote, me es lo mismo.

BENAV. En suma, qué quereis?

FRAY. Así me place.
La entrega de mi hermano.

BENAV. Arrogancia pueril!

FRAY. Tened presente
que no resuena aquí la voz que implora,
sino la voz que manda.

BENAV. Dios clemente!
¿Olvidais, Fray Manuel, que estais hablando
al jefe militar de este castillo,
y en presencia de un hombre que si quiere
os puede exterminar?

FRAY. Haced la prueba...
porque á enseñaros voy como se muere.

BENAV. Me basta una señal.

FRAY. No se retarde.

BENAV. Fray Manuel!

FRAY. La señal, y sepa el mundo,
que ademas de alevoso, sois cobarde.

BENAV. Hola! (Llama.)

FRAY. Llamad, llamad, tranquilo espero.
(Aparecen dos soldados.)
Sólo arredra la muerte á los malvados,
al traidor como vos, al pordiosero
que arrastra por el fango su nobleza,
mendigando el favor de un extranjero.
Que salte mi cabeza,
que despeñen mi cuerpo en hondo abismo,
ya que á mi hermano en Villalar robasteis
la gloria de morir con heroismo.
En holocausto de la patria mia,

y en desagravio de mi ilustre raza,
salga á torrentes mi copiosa sangre,
siegue mi cuello la mortal cuchilla!
Que no se espanta la virtud del crímen
ni tiembla en su cadalso Juan Padilla.
No vacileis, pues por distintos fines
ambos su aliento nos legó Castilla;
á vos, para vénderla torpemente,
y á mí para execraros frente á frente.

BENAV. Dad gracias á don Pedro,
si no arranco esa lengua maldiciente.
Una escolta, y echadle de Simancas.

FRAY. Que me arrastren difunto
que me lleven si os place entre cadenas,
yo os prometo volver...

BENAV. Echadle al punto!

FRAY. Y arrojaros despues por las almenas.
(Se le llevan los soldados.)

ESCENA V.

BENAVENTE.

Fatalidad impía!
parece que el infierno
se viene conjurando en contra mia.
Traidor, infame, vil!... ha dicho poco,
tiene razon el fraile, no está loco.
Apenas el monarca,
César y rey á un tiempo,
del Cántabro en la orilla desembarca,
cuando ya se difunde
con mayor osadía y furia doble
por todas las esferas del Estado
ese poder exótico y malvado
que insulta aquí desde el plebeyo al noble.
Funesta ingratitud! Si Cárlos quinto
olvida las recientes tempestades
que nublaron los cielos de Castilla,
si rechaza la mano poderosa
que supo derrotar á Juan Padilla,
salvando en la pendiente desastrosa

su vacilante sólio,
qué logramos entónces? de qué sirve
nuestra torpe mudanza?
El descrédito abajo, el ódio arriba:
¿qué va á ser de nosotros? quién alcanza
á medir todo el piélago espantoso
que ruge á nuestros piés? horror profundo!
Sin norte y sin bajel y entre las olas
de ese pueblo iracundo,
si el sólio en extranjero se convierte!..
¿qué camino nos queda en este mundo?
uno sólo! gran Dios! el de la muerte!

ESCENA VI.

BENAVENTE, TELLEZ.

TELLEZ. (Desde el foro.)
Señor!
BENAV. Hola! qué hay de cierto
en Simancas? la verdad.
TELLEZ. Que es grave la novedad
para estar al descubierto.
Con insensato cinismo
se agita la poblacion
dispuesta á la rebelion
que puede estallar hoy mismo.
BENAV. Que estalle! cosa sencilla;
si vienen á provocar,
se hace un castigo ejemplar
y queda en calma la villa.
TELLEZ. Y si ese motin abarca
más de un pueblo?
BENAV. No es posible
tras de la rota, imposible!
no se mueve la comarca.
TELLEZ. Pues yo sospecho que sí
á juzgar por la apariencia.
Se nota gran afluencia
de extrañas gentes aquí.
Corre el dinero á raudal,
compran armas, hay bullicio,

y se habla recio y sin juicio
de la majestad real.
Y no fuera cosa extraña
que ese maldito trastorno
hallando eco en el contorno
se extendiese por España.

BENAV. No tal.

TELLEZ. Pues yo así lo espero,
porque la razon me sobra
para creer que esto es obra
del partido comunero.
Se cuenta como seguro
que entran en la aljafería,
castillo en la cercanía
que tiene un monte por muro,
y que las comunidades
para coronar su intento,
esperan el alzamiento
de dos clásicas ciudades.

BENAV. Tras de la rota no hay nada.

TELLEZ. Pues dicen...

BENAV. De qué te admiras?
Nadie forja más mentiras
que una turba amotinada.

TELLEZ. Se ocupa el pueblo tambien
de la aparicion reciente
de una dama que á la gente
da mucho que hablar.

BENAV. Y bien?

TELLEZ. Que circula por la villa
como opinion general,
que esa dama principal
es la viuda de Padilla.

BENAV. Sí? Pues la opinion se engaña,
asegurártelo puedo;
la rendicion de Toledo
le obligó á salir de España.
Pero aquí lo incomprensible
y lo absurdo está en saber
qué tiene el motin que ver
con Maldonado? imposible!

TELLEZ. Así parece, señor;

mas claman con ronco acento
que si triunfa el movimiento
lo degüellan por traidor.

BENAV. Diente por diente se cobra;
no temas la tempestad,
que aunque pocos...

TELLEZ. Es verdad,
somos buenos.

BENAV. Basta y sobra.
Desde el alta galería
por si la trama sospechas,
en vez de encender las mechas
y cargar la artillería,
dispones á manos francas
mucha cuerda.

TELLEZ. Bien está.

BENAV. Pues hoy el cáñamo hará
un gran papel en Simancas.
No temas la rebelion,
ni te espante ese tropel
mientras tengamos cordel
y hierros en el balcon. (Váse Tellez.)

ESCENA VII.

BENAVENTE.

Simancas, si hoy turbulenta
muerdes el cetro imperial,
hallarás tras la tormenta
un desengaño fatal
y una página sangrienta.

ESCENA VIII.

BENAVENTE, ISABEL, FULGENCIA.

Isabel entra llorando. Benavente al verla corre á su encuentro. Fulgencia queda próxima á la puerta.

BENAV. Isabel!

ISABEL. Padre del alma! (Abrazándole.)

BENAV. Qué es esto? ¿qué tienes, dí?
ISABEL. No sé.
BENAV. No llores.
ISABEL. Ay de mí!
BENAV. Tú llorando? Tú sin calma?
Desahoga sobre mi pecho
tu dolor, que si al nacer
partí contigo mi ser,
¿quién hay con mejor derecho?
La misma sangre en herencia
y el mismo nombre llevamos,
vamos, hija mia, vamos...
habla, qué es esto, Fulgencia?
FULG. Yo, señor...
BENAV. En tí confio,
tú lo sabes.
FULG. Nada sé;
solo sí que la encontré
llorando al rayar el dia.
ISABEL. Fulgencia!...
FULG. El balcon abrió!
y entre mortales congojas
me dijo: mustías las hojas!
la gitana no mintió!
BENAV. La gitana! (Con extrañeza.)
ISABEL. (Desdichado!)
BENAV. Hojas mustías!
ISABEL. Padre mio!
Mustias! como si el estío
las hubiese aniquilado.
Oh! desventura maldita!
Volcan en mis sienes arde!
Déjanos solos, más tarde (Á Fulgencia.)
bajaremos á la ermita. (Váse Fulgencia.)
BENAV. Algun antojo pueril
que tus sentidos embarga.
ISABEL. Ojalá!
BENAV. Vamos, descarga
tu corazon juvenil.
ISABEL. Escucha, padre y señor,
mi relato sin enojos,
y dime si son antojos

la causa de mi dolor.
Va para un mes, al entrar
en la ermita una mañana,
hallé una pobre gitana
de belleza singular.
Dios os bendiga! murmura
apoyada en el cancel.
—Quiere la noble Isabel
oir su buena ventura?
—La sabeis? La sé de fijo—
una mano, y eso es llano.
Calló, le tendí la mano,
quedó absorta y luégo dijo:
—Os arredra conocer
una terrible verdad?
Alguna desgracia! hablad!
hablad! lo quiero saber.—
—Fijad los ojos aquí—
y mostró mi mano abierta.
—Veis esta raya cubierta
por otra de sangre? Sí.
—Esta revela á mi juicio
que amais, y amais en mal hora,
pues vuestro amante, señora,
va á morir en un suplicio!
Lancé un ¡ay! me desmayé,
y tal fué mi desconsuelo,
que aunque dí en el duro suelo,
ni sentí, ni desperté;
pues hiriéndome á traicion
aquel augurio fatal,
como una flecha mortal
se clavó en mi corazon.
Al recobrar el sentido
hallé con pena tirana
en brazos de la gitana
mi cuerpo desfallecido.
—Oid, me dijo llorosa,
si quereis averiguar
la manera de evitar
esa desgracia horrorosa.
Todas las noches del año

poned en este castillo
bien cubierta con un paño
unas hojas de laurel;
y si notais algun dia
que pierden su lozonía
rogad al cielo por él:
—Dijo, y del suelo se alzó,
puso el cestillo en mi falda,
adios! murmuró á mi espalda,
y del pórtico salió.
Seguirla quise y no pude;
pesaba como una roca,
quise llamar y á mi boca
en vano el aliento acude.
Qué más? ni aun llanto tenia,
pues abrasado en mi frente,
como una lluvia candente
dentro del alma caia.
Adivinar no es posible
todo lo que yo sufrí,
ni el tiempo que estuve así
en situacion tan horrible.
Sólo, padre mio, sé
que convulsa y jadeante,
hice un esfuerzo gigante
y que al fin me puse en pié.
Y aún la sentencia maldita
me atronaba con sus ecos,
resbalando por los huecos
de la nave de la ermita.
Salí con planta insegura,
torné al castillo sin calma,
haciendo cárcel el alma
de tan negra desventura;
y desde entónces luchando
con tan amargo interés,
todas las tardes del mes
fuí las hojas renovando;
todas las tardes, mas hoy,
hoy, cuando el alba su brillo
cernía sobre el castillo,
yo que esperándola estoy

como siempre, en triste vela
por dar tregua á mis congojas.
Si en el color de las hojas
un dia más se revela,
presintiendo el desengaño
de mi pobre corazon,
abro trémula el balcon,
tomo el cesto, quito el paño,
y arrojo cesto y laurel
con espantosa agonía!
Dios mio! la profecía!
rogad al cielo por él!

BENAV. Vamos, juicio, y razonemos.

ISABEL. Le van á matar!

BENAV. Quién, dí?
Acaso no soy yo aquí
el jefe? No le tenemos
bajo nuestra autoridad
seguro en este recinto,
hasta que dé Cárlos quinto
su perdon? La majestad,
podrá negar el indulto
que le pide Benavente
sin hacer públicamente
á la nobleza un insulto?
No es esto verdad?

ISABEL. Quién sabe!
dudo y tiemblo!

BENAV. Por qué estás
fanatizada... ¿qué más
si del porvenir la llave
concede tu poco juicio,
á una pobre embaucadora
que vive de lo que ignora
y que miente por oficio?
Si es para el sabio el mañana
como un horizonte oscuro,
¿qué verán en lo futuro
los ojos de una gitana?
Nadie, ni áun la ciencia en pos
de lo porvenir penetra
ese libro, cuya letra

sólo es fácil para Dios.
Libro que arroja fatal
lo futuro en lo presente,
al impulso omnipotente
del dedo providencial.
Conque, ea, piensa y medita
y discurre como yo.
Si hay verdad en lo que habló
la gitana de la ermita.

ISABEL. Inútil convencimiento.

BENAV. Isabel!

ISABEL. Triste experiencia!
Á veces más que la ciencia
descubre el presentimiento.
Ántes de amarle, le ví, (Frenética.)
ántes de verle le amé:
¿quién me lo dijo? No sé,
el corazon que hay aquí!
Pues este loco á quien tratan
de enfrenar juicio y razon,
este pobre corazon
me está diciendo, hoy le matan!

BENAV. Hoy le indultan.

ISABEL. Desconfio
de todo!

BENAV. Prueba palpable.

ISABEL. Quién lo anuncia?

BENAV. El condestable
en este pliego.

ISABEL. Dios mio! (Con alegria.)

BENAV. «Hoy firma el rey en Valladolid el perdon »general. Dos cañonazos del castillo de San »Telmo te anunciarán la libertad de Maldo- »nado.»
(«Uno solo su muerte.») (Ap.)
(Se oye la voz de D. Pedro que viene precipitadamente por la primera puerta de la izquierda. Benavente é Isabel se quedan petrificados de asombro.)

ESCENA IX.

DICHOS, D. PEDRO.

PEDRO. Atrás, déjame! (Dentro.)
BENAV. Isabel!
PEDRO. Suspender la ejecucion! (Dentro.)
Yo rechazo ese perdon! (Saliendo.)
aquel es mi puesto, aquel!
Oh! ya es tarde! maldicion!
(Cae en brazos de Benavente.)
ISABEL. Justo Dios!
BENAV. (Es singular!)
Eh! Don Pedro!...
PEDRO. Quién me nombra?
Quién eres? déjame andar;
no me toques, soy la sombra
maldita de Villalar.
ISABEL. Oh! su razon se extravía, has gone astray
Vírgen santa! Madre mia!
PEDRO. Esa voz!
ISABEL. Pedro del alma!
PEDRO. Qué ángel el cielo me envia
que así mis pesares calma? (Levantándose.)
Isabel! el conde! (Reconociéndolos.)
BENAV. Sí,
los dos.
PEDRO. Luego todo es falso?
todo quimera? ay de mí!
quimera! y aún llevo aquí (Señala á los ojos.)
las bayetas del cadalso. baize scaffold
ISABEL. ¡Oh! refrena tu ansiedad!
PEDRO. ¡El rollo tras de la rota!...
BENAV. (Maldicion! fatalidad!)
PEDRO. El cadalso... la picota...*
Oh! escuchad... escuchad.
(Pausa conveniente.)
Desde que la luz naciente,
quebró su limpio fulgor, splendor
sentí agolparse á mi frente
un rio de sangre hirviente

* pillar for displaying heads of executed criminals.

y un volcan abrasador.
Dejé el lecho al despertar
sintiendo siempre sin calma
ese triste malestar
con que suelen comenzar
las tempestades del alma.
Salí con paso inseguro
trémulo y desfallecido,
abrí la puerta del muro,
y sobre un peñasco duro
me recosté sin sentido.
No sé qué pasó por mí
ni qué poder me rindió,
luégo me desvanecí,
poco á poco me dormí
y todo, todo calló.
Cielo azul, campiña amena,
céfiro, ambiente, rocío,
puro el sol, alba serena,
roca, foso, muro, almena,
todo cambia en torno mio!
De repente el sueño airado
me recordó el trance fiero
y el dia desventurado
que en el rollo ensangrentado
murió el mejor caballero.
Hallábame yo doliente
entre la escolta de gente
que á Simancas me traia,
cuando oí confusamente
voces en la cercanía.
«Qué es eso?» le pregunté
al que marchaba delante,
y con asombro noté
que recataba el semblante
y que hablaba no sé qué.
Sin comprender la razon
vuelvo y pregunto al de atrás:
«Qué es eso?» «La ejecucion!
»Siga y calle la traicion
»y no me pregunte más!»
Dijo; y el rostro esquivando

huyó con la lengua muda!
Iba la escolta trotando
y mi razon zozobrando
entre el asombro y la duda.
En esto, rápidamente,
de la falda de una sierra,
sale un escuadron de gente
que avanzando diligente
paso y camino nos cierra.
«Quién va?» Gritan al chocar
ambos grupos con furor,
y responden al pasar,
«¡la víctima á Villalar!»
—De Villalar y el traidor!
Partieron, y en las montañas
zumbando el eco perdido
de aquellas frases extrañas,
como plomo derretido
fué cayendo en mis entrañas!
Luégo un rio nos paró,
torcimos por la derecha,
toda la escolta pasó
sin riesgo la puente estrecha,
toda, toda, ménos yo.
Pues al tocarla estridente
crugió en sus altos pretiles;
y hundiéndose en la corriente
me gritó: «yo no soy puente
«de traidores, ni de viles!»
Retrocedo... y no hay camino,
busco oriente y no le hallo!
Negra noche sobrevino,
y en alas de un torbellino
dió en Villalar mi caballo.
Todo en la sombra yacía,
y sólo de cuando en cuando
el silencio interrumpia
una campana doblando
triste como el alma mia!
Lleno de angustia mortal
entro en la plaza... y me nombra
fatídica y sepulcral

una sombra, allá en la sombra
de aquella noche fatal.
Echando el asombro á un lado,
y el terror que me embaraza,
convulso y desesperado
me acerco... y veo un tablado
en la mitad de la plaza!
Nunca lo viera, ¡ay de mí!
Inconsolables tristezas
que estais rebosando aquí; (Al corazon.)
será verdad lo que ví?
La picota!... tres cabezas!
La de Juan Padilla estaba
en el garfio superior.
Bravo, el segundo ocupaba;
y el tercero... acaba... acaba...
pesadilla de mi horror!
¿Por qué tu luz no difundes
en las tinieblas del sueño?
Por qué en el abismo te hundes
y otra y otras mil me infundes
con tan diabólico empeño?
Sacudido blandamente
abro los ojos despues...
y aún tengo el cadalso enfrente!
Benavente! Benavente!
quién es el otro! quién es!
(Rumor y vocerío de gente que se aproxima al castillo.)

VOZ. Alerta! (Fuera.)

ISABEL. Jesús!

BENAV. (Estamos
en pleno motin.)

PEDRO. (Asomando al balcon.) Arrecia
y crece el rumor.

ISABEL. Oh! (Id.)

BENAV. Vamos!...
Alguna chusma!...

PEDRO. Salgamos!

BENAV. No tal; eso se desprecia.

ESCENA X.

DICHOS, TELLEZ, precipitadamente.

TELLEZ. Senor!
BENAV. Qué hay?
TELLEZ. Sencillamente,
y á juzgar por lo presente
sin rodeos la cuestion,
mucho muro y poca gente
para tanta rebelion.
Oid. (Se oye rumor y estrépito de armas.)
PEDRO. Ya suben la cuesta!
ya se aproximan! (Desde el balcon.)
TELLEZ. (Cordel!) (Con sarcasmo.)
PEDRO. La cruz roja! (Con alegría.)
BENAV. Hierro apresta! (Á Tellez.)
TELLEZ. (Por lo visto en esta fiesta
no hace el cáñamo papel.)
BENAV. Ya verán como les hablo
ántes de darme á partido.
TELLEZ. Eso nunca, ¡voto al diablo!
mientras nos quede un venablo
y un arcabuz encendido. (Váse.)
BENAV. Oh! Ven, muchedumbre altiva;
ya mis cañones esperan
tu arrogante comitiva. (En el balcon.)
MARIA. Viva Juan Padilla!
VOCES. ¡Viva!
UNO. Mueran los traidores!
VOCES. ¡Mueran!
PEDRO. Traidores!
ISABEL. Padre!
BENAV. Aquí están.
Dejadme! Simancas, alto! (Desde el balcon.)
MONT. Muera el Conde!
BENAV. Montalban,
si en vuestro torpe desman...
UNO. Al asalto!
TODOS. Al asalto!
BENAV. Quien se atreva que lo intente

y aprenderá... ¡por mi vida!
cómo trata Benavente
á la canalla insolente
y á la turba envilecida!

VOCES. Al muro! al muro!

BENAV. No tal,
al foso! lo vais á ver,
una voz, una señal
y os puedo al punto barrer
como barre el vendabal.

VOCES. Arriba! arriba!
(Se oye estruendo dentro del castillo.—Entra Tellez precipitadamente.)

TELLEZ. Traicion!

BENAV. Tellez!

TELLEZ. Estamos vendidos.

BENAV. Qué dices?

TELLEZ. El portalon
abierto!

BENAV. Oh fementidos!

TELLEZ. Ya se acercan.

BENAV. Maldicion! (Pausa y confusion.)

MONT. Por aquí. (Fuera.)
Seguidme, entrad!

MARIA. (Entrando al frente del pueblo y Montalban.)
Ellos... él. Tú los condenas.
(Al cielo desde el fondo.)
Viva la comunidad! (Al grupo.)
La cruz roja en las almenas! (Bajando.)
temblad, malvados, temblad.
(Asombro general.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MARÍA, D. PEDRO y BENAVENTE.

Grupos del pueblo al fondo y á la izquierda, en primer termino. Sale Doña María por la izquierda. D. Pedro y Benavente confusos y aterrados.

MARIA. Que nadie falte á su deber ni un punto.
(Á los del fondo.)
Órden, mesura, juicio y gran cautela.
Vosotros custodiad á esas mujeres
(Á los de la izquierda.)
con el mayor respeto y diligencia.
(Entran por la izquierda. Vuelve los ojos á D. Pedro y exclama adelantándose furiosa y sarcástica.)
Oh! á mis plantas la traicion y el crímen
deben morder el polvo.
VOCES. (Fuera del castillo.) ¡Muera! muera!
MARIA. Escuchas ese grito?
PEDRO. Dios clemente!
MARIA. Es el pregon que anuncia tu sentencia!
es el fallo terrible de Simancas

que pide alborotado tu cabeza.

PEDRO. Un momento no más, sólo un instante
para mostrar al mundo mi inocencia.
(Desconcertado.)

MARIA. Tú inocente?

BENAV. Dios mio!
(Apoyado sobre la mesa.)

MARIA. Esfuerzo inútil.
Ni una sola palabra, ni una letra!
Sorda fué siempre la venganza al ruego,
implacable el instinto de la hiena.
Nada quiero escuchar, ni digas nada
á este insensible corazon de piedra;
el clamor de esa turba irresistible
es el fúnebre canto que te espera.
Prepárate á morir, no retrocede
el rayo que despide la tormenta.
Por aquí, Montalban! (Desde el balcon.)

PEDRO. Estoy soñando?

MARIA. Te estremeces de horror!... escucha y tiem-
(Desde el balcon á los amotinados.) [bla.
El cadalso en la plaza de la villa
sin retardar ni un punto la sentencia.

BENAV. Maldicion!

PEDRO. Por piedad! Sólo un instante,
un momento no más!

MARIA. Alma perversa!
Tú invocas la piedad? Tú solicitas
esa noble virtud de la clemencia?
Tienes razon; tu súplica comprendo;
qué malvado en el mundo no se aterra
al sentirse el cuchillo á la garganta,
si sabe que no muere la conciencia?
Oh! si el alma se hundiese con la vida,
si fuese nuestro término la tierra,
qué dichosos serian los perversos!
Qué desgraciada la virtud austera!
Por eso gimes tú, por eso clamas
al tropezar sobre la tumba abierta,
pidiendo compasion inútilmente.
¿Olvidaste quizá la noche negra
del triste Villalar?

PEDRO. Por Dios, señora!

MARIA. Olvidaste la rota que aún resuena
fatídica en los campos de batalla,
testigos de tus ínclitas proezas,
y cuya sangre hierve todavía
enrojeciendo la pisada arena?
Ni espacio ni piedad; tú lo quisiste,
tú inflamastes esas masas turbulentas
que rujen como el mar alborotado,
y al pie del muro con furor revientan;
tú rompiste las fibras de mi pecho
trocando en hierro el corazon de cera,
tú erizaste de abrojos mi camino,
por tí renuncio á mi ventura eterna;
tú me arrancas el alma y tú me haces
odiosa para siempre la existencia.
Y aún mi piedad reclamas? mal me juzgas,
mal conoces el odio de las hembras!
Suplica al huracan que se refrene,
manda que apague su volcan el Etna,
mas nunca á la mujer desesperada,
que en su fatal venganza retroceda;
porque se arraigan en su blando pecho
el odio y el amor de igual manera...

BENAV. Testigo es Dios de que la culpa es mia.
Yo liberté en el rollo su existencia,
yo le traje despues á este castillo...

MARIA. Donde debió morirse de vergüenza,
al saber que su indulto fementido
le costaba á su primo la cabeza.

PEDRO. Dios mio! Benavente, no es posible!
No es posible, Dios mio!

MARIA. Su sorpresa
redobla mi furor! Pues no se atreve,
miserable, á fingir en mi presencia
que ignora lo que sabe todo el mundo?
Me pasma á la verdad tanta miseria!
Mas que mucho que escape por la boca
el lodo que no cabe en la conciencia!

PEDRO. La horrible pesadilla, aquel cadalso,
maldicion sobre mí!

MARIA. ¿Ya no recuerdas

de Salamanca y de su pobre gente,
la virtud, la honradez y la grandeza?
Tan pronto se borró de tu memoria
el nombre del caudillo que eligieran
por jefe y capitan de Salamanca,
los que ganosos de victorias nuevas
volaron al socorro de Padilla,
sin advertir que la traicion los lleva,
para embotar el hacha del verdugo
ó morir en el rollo como ovejas?

PEDRO. La vida de mi primo!

MARIA. Sí, malvado!
la vida de tu primo, que aún alienta
en este corazon inquebrantable,
donde su amor eterno se refleja
como la luz del moribundo dia
en el limpio fulgor de las estrellas.

PEDRO. Que por mí sucumbió? Quién lo asegura?
quién se atreve á lanzar tan vil ofensa?
Y vos que así con temerario arrojo
la demanda tomais en la revuelta... [ma,
Quién sois? qué me quereis?» Hablad en su-
pues tanta amarga confusion me aterra!
Hablad, ó creeré que estoy soñando,
ó que esto lo produce la demencia.

MARIA. Demente! miserable! qué me asombra?
Juzga si quieres mi razon enferma;
repite tus insultos, no refrenes
el único desahogo que te queda.
Me preguntas quién soy? me lo preguntas?
tan espantosa ha sido la tormenta
que por los restos de la pobre nave
no es posible, gran Dios! reconocerla?
¡Mucho he sufrido, sí, mucho he sufrido!
Mi pesadumbre y mi dolor contempla
en los estragos de mi faz sombría,
en estos manantiales de mis penas,
cuya corriente al reventar en llanto
á pedazos el alma se me lleva.
No conoces mi rostro? ¡Qué sería
si retratase mi afliccion eterna!
Para expresar mi espíritu doliente,

el de la muerte mi semblante fuera!
Mírame bien, consulta tu memoria,
recoge tu atencion!

PEDRO. (Duda funesta!
Que no es la viuda de Padilla pienso;
mas entónces, quién es?)

MARIA. Nada sospechas?
No te remuerde el crímen?

PEDRO. Vuestro nombre,
vuestro nombre, por Dios!

MARIA. Lo presintieras
á no llevar por corazon un risco
y por alma el instinto de la hiena.

PEDRO. Que yo os conozco?

MARIA. Ni aun recuerdos tiene;
y tú la vida miserable aprecias?
¿Por qué temes morir si no te alcanza
la justicia de Dios, si tu existencia
es un soplo vital irresponsable
como la impura cárcel que te encierra?

PEDRO. Señora, por piedad!

MARIA. Pero es posible
que á tales mónstruos su favor concedan
los pueblos y naciones? qué me extraña,
si yo misma tambien en mi torpeza
le confié la suerte de un esposo
sin sospechar de semejante fiera!

PEDRO. Qué es esto, Dios clemente!

MARIA. Dí, responde,
verdugo de mi amor, alma perversa,
Cain abominable!

PEDRO. (Delirante.) Atrás, infierno!
Degollado por mí! su sangre aquella!
aquel cadalso el suyo! Benavente,
Benavente, por Dios, una respuesta!
Bravo á Padilla sigue! y quién á Bravo?
su nombre!!

BENAV. Eterno Dios!

MARIA. Quieres más prueba?
No te dice el silencio lo bastante?
No ves su confusion? (Por Benavente.)

PEDRO. (Oh, Providencia!)

Escuchaís, Benavente? Por el cielo,
por Isabel, por mi honra, por la vuestra,
quién murió en Villalar?

BENAV. (Dios poderoso!)

PEDRO. No respondeis? Qué es esto? será cierta
tan horrible desgracia? Oh! vilipendio!
Oh! padron de ignominia y de vergüenza!
Y pudo consentir vuestro deliro
en tal aberracion y en tanta mengua?
Y pudisteis soñar que un Maldonado
á tan cobarde crímen se rindiera
por gozar de esta vida miserable...
como un reptil envuelto en su miseria?
Y es esto vida acaso? Acaso el mundo
no arroja de su seno y su conciencia
las honras que se pudren, como lanza
el borrascoso mar á la ribera
los míseros despojos del cadáver
que se pierde en las olas turbulentas?
La libertad, la salvacion, la vida,
todo os lo debo, sí! más me valiera
deberos la corona del martirio,
que esta vana merced de mi existencia!
Más me valiera estar en el sepulcro
que vivir sepultado en tanta mengua!
Mejor hubiese sido que el Consejo
no revocára la fatal sentencia!
Mejor hubiese sido que el verdugo
sobre el tajo mi cuello dividiera!
Que si la honra es la vida, yo no vivo
ni es posible vivir sobre la tierra
sufriendo dia y noche los rigores
de esa muerte civil que me condena
á perpétuo baldon, cuya ignominia
no cabe en el fosal, es más eterna
que el miserable cuerpo á quien salvasteis.
y más firme que el polvo que lo encierra.
Oh! Dios mio, Dios mio! quién resiste
este volcan que mis sentidos quema,
este espantoso infierno de mi vida
y este mundo de horror y de vergüenza!
Mas. . qué digo! imposible, ni un momento.

¿Acaso como término á mi pena
no tengo ese balcon y abajo un foso?
¿Qué me detiene pues? Mi tumba sea!
Despéñese la infamia en el abismo
y que salte á pedazos mi cabeza.
(Yendo á arrojarse por el balcon.)

MARIA. Atrás! (Interponiéndose.)

PEDRO. María!

MARIA. Atrás!

BENAV. Don Pedro! (Sollozando.)

PEDRO. Basta!
basta por Dios! Si mi fatal estrella
me arroja en el sendero desgraciado
de ese maldito crímen que me aterra;
si ves en mí la causa responsable
de que tu esposo en Villalar muriera,
y aparezco en el cielo de tu gloria
como el negro crespon de una tormenta;
si juzgas que la muerte de mi primo
no me destroza el alma y tú te aferras
en negar á mi súplica ferviente
el perdon que reclama la inocencia,
no retardes ni un punto la venganza
que entre ese pueblo, que arrogante espera,
la funesta señal de mi esterminio,
que me arrollen las turbas, que me tiendan
al pie de ese cadalso que tú misma
mandaste levantar para mi afrenta,
ó déjame, si á compasion te muevo
que ejecute en el foso mi sentencia,
sirviéndome yo mismo de verdugo
para que ménos mi deshonra sea.

MARIA. Vanos alardes, traza fementida,
disimulo procaz en tu insolencia..
Las nieves que coronan los volcanes
¿de qué sirven al monte que se quema?
Lo que el torpe cinismo de tu labio
á ese infierno de horror que tu alma incendia.

PEDRO. Oh, María!

MARIA. Tu crímen te confunde!

PEDRO. Te juro por el cielo mi inocencia!

MARIA. Qué juras por el cielo? y qué le importa

un juramento más á tu miseria,
si amontonando infamia sobre infamia
con un perjurio tu maldad comienza?

PEDRO. Un recurso... Dios mio!

MARIA. No te esfuerces!

PEDRO. Un rayo de tu luz!

MARIA. La Providencia
no ilumina jamás á los perversos,
pues la maldad se viste de tinieblas.
Pretendes encontrar una disculpa
que justifique tu inmortal proeza?
Nada más facil, busca en los afectos
el copioso raudal de la elocuencia.
Háblame de un encanto irresistible,
de una pasion cuya indomable fuerza
remueve las montañas de su asiento
y rinde la ambicion y la soberbia.
Háblame del amor, de sus encantos,
de sus mágicos sueños y quimeras,
de ese bello ideal que nos seduce,
de ese horizonte cuya luz nos ciega!
Háblame... pero no, no digas nada,
no me relates si vivir deseas
la historia de ese amor, no me recuerdes
como sarcasmo á mi desgracia fiera
la tumba de mi esposo, porque entónces
en lugar de arrancarte la existencia
te puedo arrebatar el ser que adoras,
que es el mayor tormento de la tierra!

PEDRO. No puedo más, mi corazon desmaya;
ordena, manda, dí, haz lo que quieras;
cuanto te inspire tu venganza injusta,
cuanto sueñe el error que así te ciega.
Hiere, mata, estermina, no te pares,
no refrenes tu cólera sangrienta;
pero pronto, muy pronto, porque quiero
que al verme en el cadalso te convenzas
de si muero cual mueren los culpables
ó me sobra el valor de la inocencia.

MARIA. Y persiste en negar?

PEDRO. Oh, Benavente!

MARIA. Hasta finge valor! De tu entereza

guardará Villalar eternamente
un vivo testimonio y clara muestra.
Tu arrogancia falaz y tus alardes
en este fiero corazon se estrellan.
Ni espacio, ni piedad, tú lo quisiste;
la hora fatal de mi venganza llega.

PEDRO. Revelacion de la verdad... el sueño,
la triste pesadilla... la evidencia.
Aquel cadalso... el suyo, aquella sangre...
la sangre de mi primo!...

MARIA. Ser debiera
la tuya, miserable y corrompida,
que hoy clama por salir de sus arterias.
La terrible injusticia del Consejo,
el cambio inesperado de sentencia,
la arbitraria reforma de los fallos,
la singular mudanza de las penas,
todo, todo denuncia claramente
tu negro crímen, tu traicion perversa:
tres capitanes fueron condenados
á morir sobre el rollo, tres cabezas
que en Segovia, Toledo y Salamanca
el popular tumulto representan.
Bravo, Padilla y tú!

PEDRO. Vírgen piadosa!

MARIA. Bravo, Padilla y tú! no lo recuerdas?

PEDRO. Mátame, mátame, pero suspende
este infernal suplicio de tu lengua.

MARIA. Por Segovia y Toledo...

PEDRO. Basta! basta!

MARIA. Bravo y Padilla en el cadalso ruedan:
mas ¿quién por Salamanca? dí, responde.
Necesitas acaso mayor prueba
de tu aleve traicion? tu cobardía,
tu afrentosa maldad ¿no se revelan
en la torpe mudanza del Consejo,
en el súbito cambio de condena,
y en esa atrocidad de la injusticia
que le arrancó á mi esposo la existencia?...
Segundo capitan por Salamanca,
el primero en virtud y nobles prendas,
mártir glorioso de la patria mia!

Víctima ilustre de tu infamia negra!
Oh pobre esposo mio! (Transicion.) Cuando
que cargado de hierro y de cadenas [pienso
caminabas del rollo á Tordesillas
á cumplir la prision de tu sentencia;
cuando imagino verte resignado
lejos de Villalar y sus tristezas,
esperando el momento venturoso
de quebrantar á tu prision las puertas;
cuando creo mirarte en mi regazo
libre y feliz, y en su crespon envuelta,
me dibuja la muerte ante mis ojos
el horrible vacío de la ausencia,
el espantoso cuadro del suplicio,
tu ensangrentado cuerpo y tu cabeza
clavada en la picota! Oh!... entónces...
es tal mi indignacion que ser quisiera
el huracan que barre las montañas,
el rayo que despide la tormenta,
para lanzar su furia sobre el mundo
y remover y exterminar la tierra!
Escuchas? ellos son!
(Se oye un rumor lejano, María se acerca al balcon.)

PEDRO. Oh, Benavente!
Qué habeis hecho de mi honra? qué defensa
me puede vindicar ni qué argumento
torcer esa opinion que me condena
tras de arrojar mi cuerpo en un cadalso,
á perpétuo baldon y á infamia eterna?
Yo rechazo ese crímen espantoso,
yo no puedo arrostrar la torpe mengua
de ese inhumano proceder inícuo
que mancilla mi honor en la apariencia!
pues á la voz terrible de Simancas
va á responder la sangre de mis venas,
y al temerario juicio de Castilla
esta vida cruel que me atormenta!
Oh! las turbas. (Rumor cercano.)

BENAV. Señor!

PEDRO. Gracias, Dios mio!
Ni espacio, ni piedad, no te detengas,
no demores ni un punto mi suplicio,

que si es verdad que los malvados tiemblan
al hundirse en la sombra del sepulcro,
yo ambiciono morir para que veas
si puede más el hacha enrojecida
que el tribunal de Dios y mi conciencia.

BENAV. (Suplicando á María.)
Mirad bien lo que haceis.

PEDRO. Oh, Benavente!
Segunda vez la causa de mi afrenta?
olvidais á quién debo mi deshonra?

BENAV. Don Pedro, por piedad!

PEDRO. Desgracia fiera!
Os arroja quizás el negro abismo
como una maldicion de mi existencia?
Acaso no es bastante la ignominia
que me cubre de oprobio y de miseria,
que aún quereis prolongar este tormento
robándole á Simancas mi cabeza?
Oh! dejadme por Dios! tumba por tumba,
cuán distinta á mis ojos se presenta!
en Villalar la libertad, la gloria!...
en Simancas la duda, la vergüenza!
(Aparecen las turbas en el fondo.)
Ellos ya! vamos pues! guía si quieres...
ni espacio, ni piedad... cumple tu oferta.
(Á María.)

ESCENA II.

DICHOS, MONTALBAN, AMOTINADOS.

MARIA. (Dios santo! no puede ser!
Oh, vacila mi razon!) (Pausa.)

PEDRO. No hierve en tu corazon
el odio de la mujer?
Pues qué, se espanta tu juicio
cuando á su término toca,
ó piensas dejar la roca
al borde del precipicio?
Acaso á temblar empieza
tu injusticia? Sí... á temblar!

(Á los grupos.) Yo traidor en Villalar?...
Pueblo... al rollo mi cabeza!
Húndeme bajo tu planta
en esta batalla ruda,
y caiga sobre tu duda
la sangre de mi garganta!
(Sale frenético por el fondo, seguido de los amotinados, que desaparecen, ménos dos que quedan guardando la puerta, y que impiden y resisten la salida de María, que se abalanza tras ellos en medio de la mayor ansiedad y confusion.)

MARIA. Oh qué horror! Atrás... Atrás!...
(Á los de la puerta.)
Me cerrais el paso?

TURBA. (Saliendo del castillo.) Muera!

MARIA. Alto! muchedumbre fiera. (Gritando.)

ISABEL. Pedro... Pedro!
(Sale por la izquierda jadeante y frenética.)
Dónde estás?

MARIA. (Á los de la puerta.)
¿Es, para tratarlo asi,
legítimo vuestro encono?
Yo soy su juez... yo perdono!
oh!... apartad!...
(Insistiendo y forcejeando por salir.)

ISABEL. ¡Ay de mí!
Padre, padre ¡por piedad! (Espantada.)
No veis mi doliente pena?

BENAV. Que te responda esa hiena
(Indicando á Maria.)
en su estrago y su maldad!

ISABEL. ¡Oh, gran Dios!... Yo me confundo...

MARIA. ¡La sangre de un inocente!
(Aterrado al fondo.)

ISABEL. Sangre!... sangre!... (Despavorida.)

MARIA. (Como hablando consigo misma.)
Aquí en mi frente
con la execracion del mundo!

ISABEL. La ermita!...

MARIA. Perdon! perdon!
(Al cielo, cayendo de rodillas.)

ISABEL. La gitana! (Desfallecida y convulsa.)

BENAV. ¡Oh, hija mia!

ISABEL. Las hojas... La profecía...
Pedro! Pedro!
(Cayendo desmayada en los brazos del Conde.)

BENAV. (Horrorizado.) Maldicion!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

BENAVENTE, FRAY MANUEL.

BENAV. Inútiles arrebatos,
ya lo estais viendo; tres dias
han pasado y Salamanca
no responde.

FRAY. Por mi vida!...
que á no presenciar los hechos,
de la verdad dudaria.
Jamás hubiese pensado
que en esta tierra maldita,
tal estrago hacer pudiese
vuestra infame apostasía.

BENAV. Ni apóstatas ni traidores
tienen culpa; ya es antigua
si consultamos la historia
la enfermedad de Castilla.
El esfuerzo de Simancas
y su loca tentativa,
de la situacion presente
os pueden dar la medida.
¿No presenciasteis vos mismo

la tempestad de la villa?
No visteis con qué presteza
las turbas enfurecidas
se aplacaron, al saber
que de la ciudad vecina
se aproximaba esa tropa
que aún mora en las cercanías

FRAY. Es verdad!

BENAV. Gracias al cielo
que dispuso la venida
de esa gente! De otro modo
quién nos salva? ya estaria
ejecutado don Pedro
y nosotros hechos trizas!

FRAY. Eso nunca!

BENAV. Lo dudais?

FRAY. Lo dudo.

BENAV. Sin la milicia
no hubiese intentado el pueblo
la segunda acometida?

FRAY. Qué importa? Segunda vez
y ciento lo arrancaria
de los brazos de la muerte,
quien lo arrancó hace tres dias.

BENAV. Qué obstinacion! Qué delirio!
Tal confianza os inspira
la turba desenfrenada?

FRAY. Mucha.

BENAV. Pues á mi... maldita.

FRAY. Eso consiste en que yo
nada le debo en justicia,
y vos teneis... largas cuentas
de cosas que no se olvidan.

BENAV. Fray Manuel!

FRAY. Y esta es la causa
del odio ó la simpatía;
y como yo nada debo,
nada temo de sus iras.

BENAV. Cómo! tras de lo ocurrido
sois capaz de tal porfía?
No recordais con espanto
la terrible comitiva

saliendo por el rastrillo
como una ola embravecida...
y entre el furor y la saña
y la ronca gritería,
no veis fluctuando á don Pedro
entre la muerte y la vida?

FRAY. Sí: mas recuerdo tambien
en el colmo de mi dicha,
que para aplacar las turbas
bastó una palabra mia.

BENAV. Bien, dejemos... y á otro asunto.

FRAY. ¡Oh desdichada Castilla!

BENAV. No tanto como pensais.

FRAY. Qué postracion! qué atonía!

BENAV. Vos lo habeis dicho; postrada!
Y cuando dócil se inclina
una nacion á los piés
de extranjera dinastía...
¿Sabeis lo que pide? Un yugo!
Y todo aquel que se obstina
en remitir á las armas
la idea de redimirla...
¿Sabeis qué logra? Un cadalso.
Testimonio Juan Padilla.

FRAY. Vuestra es la culpa.

BENAV. De todos:
lo mismo abajo... que arriba!
Y no hay que hacerse ilusiones;
donde el fuego patrio brilla
no ha menester combustible...
hasta las piedras se animan!

FRAY. Y el arrojo de Toledo?
y el ejemplo de Medina?

BENAV. Fuego fátuo.

FRAY. Fuego fátuo
llamais al que volcaniza
los campos y las montañas,
las ciudades y las villas,
mostrando al mundo un ejército
de mártires y heroinas?
Decid mejor que en España
hay una clase maldita,

terrible muro de hielo
ante las virtudes cívicas,
y ese muro sois vosotros,
la nobleza corrompida.
Cuerpo sin piés ni cabeza
que volteando camina,
sin ver que tarde ó temprano
tiene que dar la caida!

BENAV. Bah! pronóstico ilusorio.

FRAY. ¡Oh mísera patria mia!
Si yo pudiera salvarte
con mi existencia!...

BENAV. Qué haríais?
Olvidais que á un Redentor
la Judea crucifica,
y en tanto se embriaga el pueblo
allá... en su pascua florida?

FRAY. ¡Dios mío, que alma tan seca!

BENAV. ¡Qué candidez... tan sencilla!

FRAY. Acabemos de una vez
esta enojosa entrevista.
¿Qué me quereis? despachad.

BENAV. Más templanza y ménos prisa,
que es harto grave el asunto
y de vos se necesita.

FRAY. De mí...

BENAV. De vos! Mas primero
permitidme que os exija
reposo, calma, prudencia,
reflexion y sangre fria.

FRAY. Hablad.

BENAV. Pues bien: yo sustento
la fe y conviccion más íntimas,
de que no es tan malo el rey
como la gente lo pinta.
Yo os respondo... con mi cuello,
si acaso el monarca olvida
la solicitud de toda
la nobleza de Castilla,
que para esquivar el golpe
y escapar á su injusticia
hay caballos en Simancas

y á nuestros piés una mina.

FRAY. Guardad allá para vos
semejantes garantías,
con esa opinion bizarra
que de tal rey tanto fia.

BENAV. Qué ingratitud, Maldonado.

FRAY. Ingratitud? Dios me asista!
Ingratitud! Y por qué?
Porque arrancais una víctima
de las manos del verdugo,
condenándola en seguida
á perpétuo deshonor?
Vil merced! gracia maldita!
Acaso no le usurpásteis
en aquel solemne dia,
fiscal de tantos traidores,
pregon de tanta perfidia,
la gloria de perecer
por la causa más querida,
por la libertad de España,
por la suerte de Castilla...
Cosa que vos no entendeis (Rápido.)
porque es poco productiva?

BENAV. Pero Fray Manuel, pensad
que no es la ocasion propicia
para tales desahogos,
pensad que urge en demasía
lo presente! lo pasado
poco ó nada significa.

FRAY. Eso será para vos,
que no teneis muy tranquila
la conciencia y os disgusta
volver hácia atrás la vista.

BENAV. Puede ser, mas por ahora
ni duendes ni pesadillas
vienen á turbar mis sueños
ni nada la paz me quita:
dije mal! Sola una cosa
me desvela y me fatiga,
una cosa ineludible, Inevitable
profunda, latente, viva!...
la salvacion de don Pedro,

que es la salvacion de mi hija.

FRAY. Dios de Dios!

BENAV. Sí, Fray Manuel.

FRAY. Cómo! pensais todavía
en ese funesto enlace,
cuya idea me horroriza?

BENAV. Que si pienso?... pues por qué
lo salvé de la cuchilla
y lo liberté del rollo?

FRAY. Nunca, nunca! Y la vindicta?
y el escándalo?

BENAV. Me pasma!
Preferis que el vulgo siga
creyendo que hubo en la rota
traiciones y villanías,
ó que se persuada el vulgo
de la verdad monda y lisa,
al ver ese desposorio
que á todos nos justifica?
Hallais más noble disculpa
que el amor?

FRAY. No sé qué diga!
Pero la duda está en pie
y eso jamás se disipa.
Un casamiento supone
interés y union de miras;
la gente dirá: «Hé ahí
»la razon de su perfidia,
»por servir á Benavente
»fué desleal á Padilla!»
Y esto, como veis, en su honra
le abre más ancha la herida.

BENAV. Vos juzgareis...

FRAY. Imposible!
no será... mientras yo viva!
Conque entregadme á don Pedro
sin más demora, que el dia
va entrando y pudiera ser
que la majestad invicta,
por no desmentir al vulgo,
fuese tal como la pintan.

BENAV. Siempre nos queda un recurso

infalible, el de la mina.

FRAY. Y si se conjura el diablo
y nos cierra la salida?

BENAV. Pues... para qué está San Telmo?

FRAY. El cañon! Y si descuidan
ó retrasan la señal?

BENAV. Aún nos queda la noticia
por medio del Almirante.

FRAY. Y si el pliego se extravía?

BENAV. Tellez en Valladolid
desde ayer tarde vigila,
y es Tellez soldado viejo
que ni duerme ni se olvida...
Pero silencio, álguien llega.

FRAY. Mi hermano... ¡Vírgen María!

ESCENA II.

DICHOS, D. PEDRO, enagenado.

PEDRO. Eh!... decidme, buena gente,
¿á qué hora es la ejecucion?

BENAV. Don Pedro!

PEDRO. Tal dilacion?...
tanto esperar?

FRAY. Dios clemente!

BENAV. De nuevo turba su mente
ese fatal extravío!

PEDRO. (Como escuchando.)
Pasos... rumor... vocerío...
Ahí están! Hermosa palma!
¡Señor, te encomiendo mi alma!
(Medio mútis.)

FRAY. (Deteniéndole.)
Dónde vas, hermano mio?

PEDRO. Ah! sois vos! Qué ceguedad,
y yo que solo partia?...
Dónde mejor compañía
para ir á la eternidad!
Volemos pues! Escuchad!... (Delirando.)
Ya baja por la escalera
Padilla! ya nos espera!...

¡Vedle firme y sin asombros
por más que lleve en sus hombros
el peso de España entera!
Ese que sigue á Padilla
entre cadenas esclavo,
ese es Brabo... sí... el más bravo
comunero de Castilla.
Ni se abate, ni se humilla
corazon de tal jaez!
Á mí me toca la vez:
yo en el tajo me contemplo!
Corramos á dar ejemplo
de virtud y de altivez.
Brote en copioso raudal
esta sangre que se enciende,
al sentir como se vende
el decoro nacional.
Quede la traicion fatal
en su vil polvo y escoria,
goce el César su victoria,
y vea Cárlos de Gante
si tiene poder bastante
para usurparnos la gloria!
Padre... guiad! (Medio mutis.)

FRAY. No tan presto:
calma, calma.

PEDRO. Justo Dios!
No veis por allí á los dos
(Señala por el balcon.)
y que yo falto en mi puesto?
Pero qué miro?... qué es esto!
Padilla... Brabo... despues
otro! no hay duda, si... tres
uno... dos! Á qué contar!
¿Quién ocupa mi lugar?
quién es el otro!... quién es!
Para... mira... ya me vió...
Clava los ojos en mí...
y yo le conozco... Sí...
Francisco... mi primo... No,
no, imposible!... Ya partió,
ya no se ve... Mi cabeza

se abrasa... mi vista empieza
á turbarse... ¡Dios eterno!
Será capaz el infierno
de semejante vileza?
Él por mí; Vírgen Sagrada!
¡Atrás, infamia cobarde.
Alto, alto... Oh, ya es tarde!...
Muerto!... Muerto! nada! nada!
¡La picota ensangrentada,
su cabeza... ¡Maldicion!
Oh! por allí!... la vision (Por la izquierda.)
Sepúltame, suelo impío!
(Entran Doña María é Isabel.)
Ella... su mujer... Dios mio...
Misericordia... perdon!
(Cayendo sobre la mesa.)

ESCENA III.

DICHOS, MARÍA, ISABEL.

MARIA. ¡Oh! qué es esto?
FRAY. Benavente!
MARIA. Pedro, Pedro!
FRAY. (Á María.) Ya lo ves!
Contempla tu obra... esta es!
ISABEL. Loco! Loco!
BENAV. Dios potente!
FRAY. Tu gracia ¡Vírgen María!
Un milagro!
BENAV. Justo cielo!...
Cómo disipar el velo
de su negra fantansía?...
FRAY. ¡Oh, se me ocurre una idea!
BENAV. Cuál?
ISABEL. Decid!
FRAY. Quedad con él!
Vuestra presencia, Isabel,
quizás un remedio sea.
BENAV. Salgamos.
FRAY. Quizás... quizás!..

ISABEL. El cielo os oiga propicio.
MARIA. Señor, devolvedle el juicio!
FRAY. No sé qué conviene mas! (Mutis.)

ESCENA IV.

ISABEL y PEDRO.

Isabel arrodillada junto á D. Pedro.

PEDRO. Dios mio!
ISABEL. Respira, sí...
PEDRO. Qué angustia! Qué confusion!
oh, cuánto tarda... ¡ay de mi!
ISABEL. Pedro!... Pedro!
PEDRO. Ya está aquí!
ISABEL. Pedro de mi corazon.
PEDRO. Qué tardanza tan cruel;
toda la noche esperando...
Temí no verte, Isabel,
pues va el crepúsculo entrando
y he de partirme con él.
Así tus manos lucientes
deposita cariñosa
entre las mias ardientes,
y clava en mi vista ansiosa
tus ojos resplandecientes.
ISABEL. (Oh, se refiere quizás
á su postrer despedida
en Salamanca!...)
PEDRO. Habla ya.
Ven, acércate, mi vida!
¡Sol que abrasándome va!
Dí, paraiso encantado,
gloria de mi poesía,
espíritu idolatrado
que vive aquí... desposado (Al corazon.)
con la fe del alma mia.
Dulce y mágica ilusion
que hasta los hielos me encumbra:
sublime fascinacion
que me ciega y me deslumbra

y me abrasa el corazon.
Dime, dí, sol hechicero,
alma de mi alma... ¿es verdad
que me quieres cual te quiero,
y que es un muro de acero
tu jurada lealtad?
No es verdad que yo me agito
tambien sobre tu alma pura...

ISABEL. Pedro!... (Llorando.)

PEDRO. Lloras? Dios bendito,
qué más prueba necesito
de su amor y mi ventura!
Deja que trémulo y ciego
se temple en tan dulce riego,
si ya no está hecho ceniza,
este corazon de fuego
que el pecho me volcaniza.
Deja el llanto bienhechor
tranquilamente correr:
Llora... llora sin rubor...
¡Que no es buena la mujer
que no ha llorado de amor!

ISABEL. (Ya en su mente se ha borrado
ese delirio tenaz...
Gracias, Señor! Se ha salvado!)
Pedro, Pedro!

PEDRO. Dueño amado.
Isabel!... ángel de paz!
Refrena el pecho un instante,
luce en tu puro arrebol,
y tras esa lluvia amante,
vuelva á brillar... como el sol
tu peregrino semblante.
Tú eres mi bien, mi alegría,
sin tí todo palidece,
pues hasta el naciente dia
al ver tu melancolía,
melancólico amanece.
Mas ¡oh!... cómo va pasando
mecida en su arrullo blando
nuestra plática, Isabel.
Pues va el crepúsculo entrando

y he de partirme con él!

ISABEL. Partir! Dios mio, Dios mio...
otra vez, triste de mí! (Llorando.)

PEDRO. Qué quieres? Tormento impío!
¡El honor y el albedrío
no caben juntos aquí!
Tu irresistible beldad
mis sentidos enagena.
Tú tienes mi voluntad,
mas hoy la patria me ordena
seguir la Comunidad.
El corazon placentero
me dice: «Castilla á un lado!»
Y el honor del caballero
me grita: «Cumpla el soldado
con el bando comunero.»
«Quieto aquí», dice medrosa
la pasion que mi alma esconde;
«Isabel... ella! No hay cosa
como el amor de una esposa.»
Y la patria me responde:
«Tú no eres más que un monton
de tierra, que yo animé,
para evitarme el baldon
de que extranjera nacion
ponga en mi regazo el pié!»
Y ambas con igual grandeza
vivis en mi alma fecundas
sin desdoro ni flaqueza,
tú mi corazon inundas
y la patria mi cabeza!

ISABEL. Vana ilusion... ¡ay de mí!
Pedro, mitiga por Dios
ese ardiente frenesí!
¡No estamos juntos los dos?
no tienes memoria... dí?
No ves la realidad
de la situacion presente?
No disipa la verdad
esa negra tempestad
con que se nubla tu mente?

PEDRO. ¡Oh! qué dices?... ¡El dolor

le va trastornando el juicio!

ISABEL. Jesús! (Espantada.)

PEDRO. Isabel, valor!...

ISABEL. Me cree loca, Señor,
dónde habrá mayor suplicio!

PEDRO. Mas oh!... Ya viene fundiendo
el sol la parda neblina.
(Dirigiendo la mirada al horizonte.)
¡Oyes... oyes el estruendo?
(Como escuchando.)
Es que se va reuniendo
la nobleza salmantina!
Ya el comunero marcial
con el arnés se embaraza.
Ya suena el ronco metal,
y ya el pueblo liberal
se agolpa y hierve en la plaza.
Ya tiernas y cariñosas,
y altivas y valerosas,
repasan los escuadrones,
las madres y las esposas
despidiendo á sus varones.
Y ya el castellano fiero,
bríos tomando en su saña,
va á mostrar al mundo entero,
¡que aún hay vergüenza en España
para echar á un extranjero! (Pausa breve.)
Llegó pues el duro instante
de separarnos los dos:
Recibe un abrazo amante
en mi pecho palpitante,
y adios, Isabel, adios!
(Abrazándola convulsivamente.)

ISABEL. Es posible... cielo santo!
que me atormentes así? (Llorando.)

PEDRO. Enjuga... Isabel el llanto!

ISABEL. Si yo nunca te ofendí,
por qué me castigas tanto! (Al cielo.)

PEDRO. Castigar? tu amarga pena
la razon te desvanece.
¿Quién de orgullo no se llena
si va á romper la cadena

que á todos nos envilece?

ISABEL. Ilusion! yo te abandono!
suerte infeliz! necio afan!

PEDRO. Y qué más suerte en mi encono,
que aplastar bajo su trono
á ese despóta aleman!

ISABEL. Desdichado! Desdichado!

PEDRO. ¡La gloria, Isabel, la gloria!

ISABEL. Mal recuerdas lo pasado.
Dí, Pedro, dí!... Se ha borrado
Villalar de tu memoria?

PEDRO. Oh! Villalar... Villalar!
(Como abrumado por los recuerdos.)
Campo de luto y horror!
Aún me aturde el resonar
y el estrépito y clamor
del terrible batallar! (Transaccion.)
—Dia triste!—El suelo blando,
copiosa y tenaz la lluvia,
húmedo el aire silbando,
y las nubes eclipsando
del sol la madeja rubia.
Firme y dispuesta la gente
llega al barranco fatal...
busca paso... y diligente
el ejército imperial
nos cierra barranco y puente.
Entónces embravecido
en ambas partes estalla
el rencor mal comprimido...
y entre el pavoroso ruido
da comienzo la batalla.
¿Quién puede el odio atajar
de aquellos pechos febriles
que llevaban al chocar
ese furor... peculiar
de las discordias civiles!
Aquel feroz embestir,
aquel duro arremeter,
aquel tenaz resistir,
la manera de caer,
y hasta el modo de morir!

No hay ejemplo, no hay trasunto!
de tanta furia y estrago,
ni más horrible conjunto,
ni en la historia de Sagunto
ni en los tiempos de Cartago.
Una infernal herrería
todo el campo semejaba,
y al tronar la artillería,
la tierra se estremecia
y el espacio retemblaba:
Y desde la puente al cerro,
provocada por el hierro,
la sangre, en su curso franco,
roto su caliente encierro
enrojecia el barranco.
«Arriba!» clama potente
el animoso Padilla,
y arriba sube la gente
y á la traicion aportilla
y echa á la traicion del puente!
Mas todo, todo se allana
de la fuerza á la presion!
Desde una altura cercana
iba mermando el cañon
la lealtad castellana.
Y ante la muerte y su imperio,
quedó al fin tanto coraje
en fúnebre cautiverio,
y aquel tétrico paraje
convertido en cementerio!
Padilla fué acribillado,
Brabo, en su mortal fatiga,
como fiera acorralado;
y yo caí ensangrentado
entre la turba enemiga. (Transaccion.)
Mas quede en pie la traicion!
la patria sin restaurar!
Castilla sin corazon!
Y en su funeral crespon
el cadalso en Villalar!
(Espantado ante el recuerdo.)
El cadalso! Vírgen santa!

Qué horror! la vista se espanta,
siempre delante... delante!
Este es el tajo humeante!
Mira... mira su garganta!

ISABEL. Mi vida, mi vida entera,
por un milagro! Dios mio!

PEDRO. Calla, calla! que pudiera
animarse el tronco frio
si oye la voz lastimera!
¡No hay nada que tranquilice
mi espíritu!

ISABEL. Justo Dios!

PEDRO. Oyes! oyes lo que dice!
Nos maldice... nos maldice:
á los dos! siempre á los dos!

ISABEL. Maldecir? tu fantasía!...
Desde allí... tranquilamente
(Señala al cielo.)
ve tu inocencia y la mia
más clara y más refulgente
que la luz del medio dia.

PEDRO. Pero y María?

ISABEL. Deplora
su injusticia, y sinrazon:
todo lo conoce ahora,
y con lágrimas implora
tu generoso perdon.

PEDRO. Ella tambien? Dios propicio!
gracias... gracias!

ISABEL. (¡Oh! parece,
á juzgar por este indicio,
que su razon se esclarece?
¡Señor, que recobre el juicio!)

PEDRO. Mas qué es esto? Qué ha pasado
en torno mio, Isabel?
Yo he dormido... yo he soñado...
Aquel pueblo desbordado!
la presencia de Manuel!

ISABEL. Padre!... padre!... pronto... aquí!
(Gozosa y frenética llamando.—Salen Benavente, María y Fray Manuel.)

PEDRO. Ellos! ellos! Ay de mí!

(Viéndolos, se arroja en brazos de María y Fray Manuel.)

ISABEL. Dios mio!... él se salvó,
y ahora la loca soy yo,
loca de alegría... sí!
(En el colmo de la felicidad.)

ESCENA V.

D. PEDRO, BENAVENTE, FRAY MANUEL, ISABEL, MARÍA.

PEDRO. Hermano... María!
FRAY. Pedro,
vamos... calma, calma.
(Suenan clarines á lo lejos.)
BENAV. Tropa
se acerca! Bah! debe ser
(Asomado al balcon.)
la que á estos parajes ronda
que á la ciudad se dirige.
PEDRO. ¡Oh! María! por qué lloras?
No merezco tu perdon?
MARIA. Perdon tú! la que lo implora
á tus piés, sin merecerlo,
soy yo...
PEDRO. ¡Qué pena tan honda
(Señala al corazon.)
me arrancan de aquí, María,
tus palabras bienhechoras!
Yo te juro por el cielo,
por mi salvacion, por mi honra,
si aún de mi inocencia dudas...
MARIA. Pedro... por Dios!
PEDRO. Que me impongas
el sacrificio más grande,
la prueba más horrorosa;
y me verás resignado
si tu recelo se borra!
MARIA. Pues... que tú lo quieres... sea.
(Aparentando emocion.)
FRAY. Cómo! (Asombrado.)

ISABEL. Qué! (Id.)
PEDRO. Habla! (Con ansiedad.)
MARIA. (Con solemnidad.) Me otorga
una gracia tu bondad?
PEDRO. Cuál?
MARIA. Asistir á tu boda!
Tejer yo misma las flores
de vuestra nupcial corona.
PEDRO. Oh, María!
ISABEL. Sois un ángel!
FRAY. (Situacion difícil!)
BENAV. (Desde el balcon.) Hola!
me parece que tenemos...
No hay duda. Veo una escolta
que cruza por la vereda,
y cuesta y pendiente toma!
(Se acerca Isabel al balcon y mira.)
ISABEL. (Gran Dios!) (Sorprendida.)
BENAV. Alguna avanzada
de esa gente. Nada importa;
pues su estancia en el castillo
será breve y presurosa.
ISABEL. (No es ilusion de mi mente!
Mi vista no se equivoca!)
Padre... padre! la gitana...
(Á Benavente aparte.)
la gitana... allí... en las rocas!
(Mirando estática)
BENAV. (Ap., á Isabel reconviniéndola dulcemente.)
(Isabel, tal persistencia
es por de mas enojosa.)
ISABEL. Oh! sí!... la escolta me indica
con una mano... con la otra
el cielo... el cielo! Lo veis? (Á Benavente.)
Padre mio, en esa escolta
se va acercando la muerte
sangrienta y aterradora!
BENAV. Isabel! (Con súplica.)
(Isabel llora amargamente, y al llevarse el pañuelo
á los ojos se le caen unas hojas de laurel.)
ISABEL. Jesus, qué horror (En voz alta.)
las hojas, padre, las hojas!

(Toma algunas hojas del suelo y despues las arroja desesperada.)

PEDRO. Qué! (Sorprendido.)

(Suena un cañonazo de un castillo próximo. Gran asombro.)

ISABEL. Dios mio! (Con júbilo.)

BENAV. Cielo santo! (Id.)

FRAY. ¡La señal!

ISABEL (Suplicante.) ¡Virgen piadosa!

FRAY. Un cañonazo!... (Pausa breve.)

BENAV. (Aterrado.) Gran Dios! (Pausa.)
Oh! pronto! dinero... joyas...
(Convulsivamente y como yendo á buscar lo que dice.)
á la mina, á Portugal!
(Suena el segundo cañonazo.)
Victoria, Señor, victoria!
(Retrocede lleno de alegría al oir el disparo.)

PAJE. Un Procurador del Rey! (Al foro.)

BENAV. El perdon! que entre en buen hora.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, el PROCURADOR, VARIOS OFICIALES y SOLDADOS, despues la GUARNICION DEL CASTILLO.

El Procurador al tiempo de entrar como si hablára con álguien.

PROC. Que suba la guarnicion
del Castillo! Dios os guarde. (Saludando á todos.)
Señor Conde... (Saludando á Benavente.)

ISABEL. (Tarde! tarde!
me lo dice el corazon.)
(Adelanta el Procurador y entrega un pliego á Benavente.)

PROC. En este pliego real
del César Cárlos primero,
acredita el mensajero
su carácter oficial.

BENAV. Vuestro mensaje es la cima (Lo toma.)
de la más bella esperanza!
y mision que á tanto alcanza

en lo que vale se estima.
(Entran los soldados de la guarnicion, que se quedan los últimos al fondo.)

PROC. (Qué dice?)
(Con extrañeza. Benavente lee para sí el pliego.)

PEDRO. (Yo me confundo!) (Absorto.)

FRAY. (Misericordia... el tirano?)

PEDRO. (Aún pende del soberano (Con extrañeza.)
mi vida.) (Con asombro.)

ISABEL. (Dolor profundo!)
(Deja de leer Benavente: cierra el pliego y dice al Procurador en voz alta.)

BENAV. Que os entregue el rey me encarga,
al recibir este pliego
la fortaleza... Os entrego
con gusto tan dura carga.
Al mismo tiempo me advierte
que sois el comisionado
de otro para... Maldonado.
(Indicándole con el dedo.)

PROC. (Sacando el pliego.)
Sí... ¡Su sentencia de muerte!
(Grito general de horror.)

ISABEL. Gran Dios! (Cayendo en brazos de María.)

FRAY (Espantado.) ¡Oh!

BENAV. (Con terror y desconcertado.) Muerte!

PROC. (Al auditorio.) Escuchad.

MARIA. Su muerte! (Aterrada.)

PEDRO. (Con entusiasmo.) Gracias, Dios mio!
Alto!... un favor... (Al Procurador.)

BENAV. (Trance impío!)

PEDRO. No manda la majestad
ese pliego para mí?
Vos sois su Procurador,
pero no mi relator!
(Le quita el pliego de la mano al Procurador.)

PROC. Me asombrais!
Vos mismo?

PEDRO. (Con naturalidad.) Sí.

PROC. (Intentando la oposicion.)
Qué vais á hacer!

PEDRO. (Con desden.) Necio afan.

PROC. Y no tiembla! (Asombrado.)
PEDRO. Mal repara!
mire bien! tengo yo cara
de traidor ni de aleman?
Ved, observad! Y en seguida
le contais á ese extranjero,
cómo lee un comunero
la última vez en su vida!
(Lee la sentencia con la mayor fortaleza de ánimo.)
«Yo Cárlos primero de España y quinto de
»Alemania, rey y emperador, ordeno y
»mando en virtud de esta sentencia, dego-
»llar sin dilacion sobre el rollo de Simancas,
»á don Pedro Maldonado Pimentel, para
»que sirva de escarmiento á los traidores!»
(D. Pedro se queda absorto.)
FRAY. (Á Benavente.)
(Teneis opinion distinta
del rey?)
PROC. (Á su comitiva.) Cúmplase la ley!
FRAY. (Á Benavente.)
(Conque no es tan malo el rey
como la gente lo pinta?)
PEDRO. (Leyendo el final de la sentencia.)
«¡De escarmiento á los traidores!»
Traidor! la sangre me hierve...
Que el rey tal mote reserve (Al Procurador.)
para él y sus servidores!
Pues tan infame baldon
ostenta en su frente impura,
el que falta á lo que jura
ó el que vende á su nacion.
Rey tirano, ¡pese á mí!
piensa que con hierro doma,
y no ve, que hasta el idioma
le grita «fuera de aquí!» (Transicion.)
Miseria de los humanos
y ceguedad de la vista!
Dónde hay hueso que resista
al roer de los gusanos?
Dónde corona imperial
que ante la muerte no se hunda?

(Mirando al cielo, y llevándose la mano al pecho.)
¡Polvo! el polvo te confunda.
Ea! al seno maternal! (Medio mútis.)

PROC. Que anuncien la ejecucion
con otros dos cañonazos. (Á la comitiva.)

PEDRO. Oh, Manuel! (Extendiendo los brazos.)

FRAY. (Le abraza.) Pedro, en mis brazos!

BENAV. No hay clemencia!
(Cayendo sin sentido sobre la mesa.)
No hay perdon!

PEDRO. (Á Fray Manuel.) Vamos.
(Reparando en Isabel.) Oh!

FRAY. (Deteniéndole.) Dicha ilusoria.

PEDRO. Isabel!
(Queriendo aproximarse.)

FRAY. Ni un solo instante!
(Llevándole hácia el fondo.)

PEDRO. Yo voy delante, delante!...
(Suena el primer cañonazo. Marchando.)
Isabel... allí!... en la gloria!
(Señala al cielo. Suena el segundo cañonazo y termina el acto.)

FIN DEL DRAMA.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de la *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de *El Garbanzo*, calle del Arenal, de *Durán*, Carrera de San Jerónimo, y de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de las galerías de los *señores Gullon* é *Hidalgo*.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los *Editores*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.